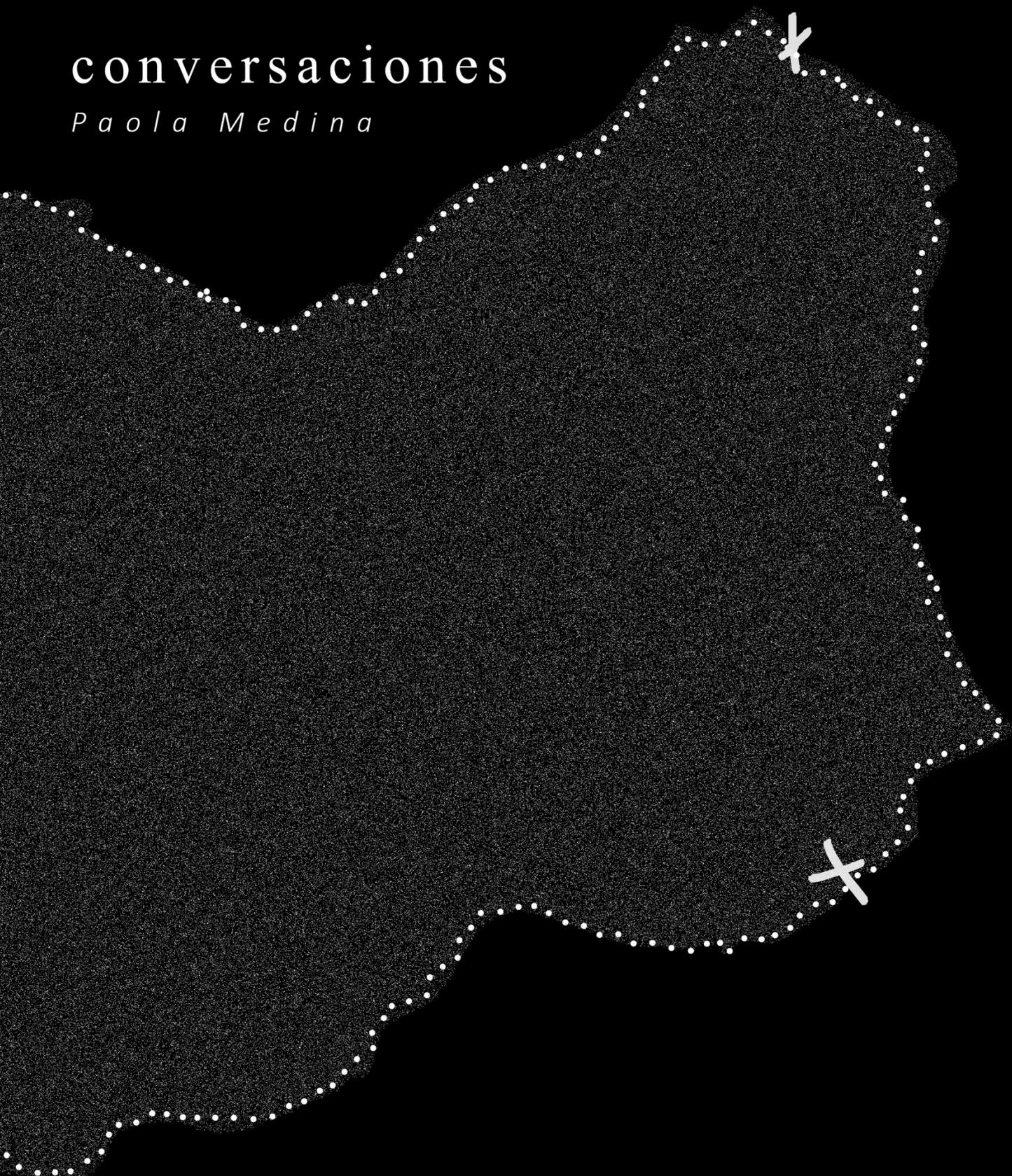


conversaciones

Paola Medina





CONVERSACIONES

Paola Medina

El lenguaje siempre ha sido la sala de mi casa: hablándolo, escuchándolo, escribiéndolo y habitándolo me había sentido cómoda toda la vida. Hasta que, un afortunado día, conocí a los conversadores (*¿a quienes?*). Los conversadores son hablantes no convencionales, que se posicionan en lugares de enunciación muy particulares. Para este proyecto lancé una amplia (y francamente confusa) convocatoria, a la que, con curiosidad, respondieron 9 de ellos: **Carlos**, un ingeniero civil que se recupera de un derrame cerebral que afectó temporalmente su capacidad de comunicarse; **Pedro**, un investigador y académico tartamudo que se especializa en su condición misma, la disfemia; **Ricardo y Consuelo**, una pareja cuya vida cambió cuando Ricardo tuvo un infarto cerebral y perdió el habla durante 6 meses; **Daniel**, un niño de 8 años con parálisis cerebral que asiste con la logopeda semana a semana, buscando convertirse en actor de doblaje; y **Marisela, Daniela, Julissa y Verónica**, cuatro mujeres que son parte de la comunidad sorda que se reúne en Casa del Sordo A.C. en la ciudad de Puebla.

Como podrán imaginarse, todos ellos tienen experiencias muy diversas en el campo de la comunicación; con ellos, las reglas se rompen, o no aplican, o se vuelven absurdas; con ellos, el lenguaje, la escucha, el habla, la voz.... se tuercen para reventar en algo más. Lo que les propongo entonces es pensar en ese *algo más* y en cómo tiene la posibilidad de trastocar la manera en la que cada uno de nosotros existe y juega y hace política en el plano del lenguaje.

Este texto es una versión resumida de las conversaciones que mantuvimos juntos, aquí les platico lo que me contaron, lo que aprendí y las cosas que se desfasaron en mi propia voz después de conocerlos. Es a partir de estos encuentros que se desbordan las reflexiones y declaraciones plásticas que acaban de ver (o que están a punto de ver). Les invito a pasearse por esta lectura con la misma libertad: en voz alta, sin mucha prisa, con otros interlocutores de ser posible.

Si entendemos la conversación como una forma de viajar, como una forma de caminar sobre las fronteras entre mi terreno vocal y el del otro... los invito a desplazarse con nosotros; a desplazarse, quizá, para nunca más volver.

I. Carlos

Hasta hace un par de años, Carlos Flores pasaba los días profundamente inmerso en su eterna rutina. En ese entonces, su andar era tosco: pisaba con fuerza, con prisa, sin mucha atención, y aquellos días, particularmente, estaba que no cabía del estrés en el cuerpo (el trabajo, los hijos, el tráfico). Y entonces, pasó lo que siempre se advierte, pero que “nunca pasa” en “realidad”: bastó con insistir en aquella rutina de intensidad para que, en uno de esos pasos bruscos, Carlos sintiera como si el suelo se rompiera debajo de sus pies.

Como si hubiera estado caminando sobre un lago congelado, sintió como cayó al agua helada en medio segundo, paralizando su cuerpo por completo. *Accidente cerebro vascular*, le dijeron los médicos. Lo que bien pudo haber sido una fina capa de hielo, fue en realidad un vaso sanguíneo lo que se quebró, ahogando rápidamente una parte del cerebro de Carlos. De la noche a la mañana, las palabras se habían escapado de su repertorio vocal; casi como por arte de magia, el habla dejó de responder. El lenguaje estaba intacto, el diccionario seguía en su inundado cerebro, pero no estaba logrando tomar el tren que lo llevaba hasta su boca... las vías férreas se habían esfumado. ¿Alguna vez han caído al agua fría? podríamos todos estar de acuerdo en que, a pesar del shock corporal, lo único que no nos sale es el muy necesario grito de auxilio.

Nuestro ingeniero civil, empapado hasta los huesos, tuvo que entrar en calor por sí mismo. El suelo de su cerebro inundado no era operable, así que la terapia vino prácticamente al día siguiente. Junto con las vías del lenguaje desaparecidas, vinieron otras cosas: reaprender a caminar, a coordinar, a relacionarse con el cuerpo. Han pasado cuatro años desde entonces y casi todas las funciones han vuelto. La escritura a mano y el equilibrio aún le juegan un poco chueco; pero ha entrenado exitosamente ya a un puñado de neuronas nuevas para que puedan hacer lo que borraron las que se congelaron en el accidente. Carlos vive muy agradecido con lo que la terapia hizo por él; en su momento no lo entendía, pero ahora se da cuenta del objetivo de separar frijoles de lentejas, de repetir hasta el cansancio la tabla del 7 y hacer listas infinitas de palabras con tra, tre, tri, tro, tru.

Carlos es un individuo múltiple, a diferencia de otros conversadores, su cuerpo ha transitado espacios de enunciación diametralmente opuestos en un abrir y cerrar de ojos. Ha estado “aquí”, ha estado “allá” y ahora camina de vuelta disfrutando el paisaje. Accedió con entusiasmo a charlar conmigo, quizá porque aún esta intentando hacer sentido de esta larga trayectoria. También a diferencia de otros conversadores, está muy interesado en cómo resulte este texto: hay una búsqueda latente por comprender el desplazamiento que su cerebro lo obligó a hacer y con curiosidad acepta que una mirada ajena venga a pensar con él. Yo no conozco a Carlos pre-inundación; su voz actual – ligeramente (pero muy ligeramente) lenta y con la lengua un poco (y solo un poco) adormecida –, es para mí su única voz. Mientras habla, me imagino cómo habrá sido antes.

Me cuenta de su trabajo, con eso está muy cómodo, es una parte muy relevante de su vida y es de esas cosas que no se movieron tanto después de la caída. Claro, quizá ya no puede ir a supervisar las obras tanto como antes, pero por lo menos la motricidad fina aún le permite firmar cheques, me dice con entusiasmo (*no puedo evitar pensar en cómo hay habilidades corporales que literalmente “valen” más que otras. En este mundo “omnimonetizable” tan raro, hacer un rayón ilegible es más importante que la escritura y la voz... y así nos va*). En el trabajo le toca negociar con proveedores y clientes constantemente, por lo que muchos de ellos se enteraron del episodio. Cuando Carlos volvió, casi se tenía que volver a presentar: *‘Me pasó esto, entonces no es que esté borracho o algo, solo que estoy en proceso de regresar a hablar con normalidad’*.

Cuando le pregunto por el estado de su voz en las primeras semanas post-accidente, no me dice mucho. Me imagino que es complejo explicarlo o incluso intentar recordar. Se cansaba con facilidad; hablaba poco, muy poco; y lento, muy lento... *‘pensaba mucho antes de hablar’*. Las ideas se formulaban con precisión ingenieril en su cabeza, pero no salían con tanta facilidad. Esto lo ponía en una posición de vulnerabilidad con la que él definitivamente no estaba cómodo, Carlos sabe que es una persona sumamente preparada y sentir que otros pueden tratarlo con condescendencia lo cohibe. El “no hablar bien” era una confesión explícita de que **algo** había pasado, y al estar tan acostumbrados a percibir nuestra forma de enunciarnos como traducción directa de nuestra forma de pensar, lo último que él necesitaba era que los demás creyeran que todas sus habilidades y conocimientos se habían diluido.

Hay una cosa más que trajo consigo el percance, que, así como el neurólogo le advirtió a un confundido Carlos, él me advirtió casi enseguida: hubo un reajuste en el mapa de la sensibilidad. Todo lo nostálgico y emotivo permea a la décima potencia en el cerebro renovado, y todo lo simpático también. Ahora ¡iiiiiiiiiiii **TODO SE SIENTE ASÍ !!!!!1!!1!!!!**. Más cosas que nunca tienen la capacidad de hacer grietas afectivas en el terreno emocional de Carlos, y eso es muy nuevo. El recordar el accidente, el hablarme de cómo fue cuidado en el proceso, el recibir llamadas de amigos de la infancia... los relatos de estas experiencias le quiebran la voz.

El afecto que ahora recibe (o no) entra de forma bien distinta, nuevos canales se han abierto; se han inaugurado nervios receptores, se han bajado las defensas. Junto con una readquisición del habla, vino también un aumento exponencial en la porosidad de la piel, en la capacidad de “sentirse afectado por”. Esta nueva vida emocional se complementó con lo que él considera una personalidad más honesta y flexible. Si juntamos entonces este factor con un proceso de readquisición del habla y las habilidades comunicativas, lo que ha pasado con el *lenguaje* de Carlos es pura expansión; permitiéndose entablar diálogos nuevos. En este segundo encuentro con el lenguaje, Carlos se ha permitido abrir el campo de lo posible.

Sin embargo, a pesar de estas nuevas aperturas, no había encontrado del todo interlocutores sobre los cuáles verter su historia. Los médicos seguían siendo médicos y toda esta trayectoria sensible quedó relegada a segundo plano, dándole mucha más importancia a un desarrollo fluido del habla y del movimiento del cuerpo (*y sí, sí lo vamos a decir: el lenguaje en función de la utilidad, de la*

productividad, de la funcionalidad. El paciente llora súbitamente ahora, se lo avisamos para que no se espante y hasta ahí; ¡pero gracias a los dioses de la neurociencia que el paciente puede firmar! Carlos seguramente no lo ve así, pero para mí es imposible dejarlo pasar y por eso esto se queda en letras grises).

Carlos Flores me repite una y otra vez: *‘De como estaba antes a como estoy ahora... hay un mundo de diferencia’*. Su tránsito de un territorio a otro ha sido largo y difícil, en muchos sentidos. Él, antes que yo, ha probado traspasables las fronteras de las que tanto me interesa hablar, por las *““buenas””* y por las *““malas””*, por las voluntarias y las involuntarias. Pienso en que, al inaugurar nuevos afectos y sensaciones, necesariamente también deben introducirse nuevas palabras y modos de comunicar dichos brotes de sentir. Creo que me hubiera gustado conocer a Carlos pre-accidente para identificar esas expresiones que seguramente son una novedad.

Después de charlar y de llorar, nos despedimos un poco abrumados... de repente nos sentimos demasiado cercanos el uno del otro para nuestra propia comodidad, de repente nuestra frontera se ha difuminado más de lo que habíamos anticipado. Carlos y yo nos vamos por rumbos distintos, pero sin duda no igual a como llegamos; nos vamos esperando que este encuentro a largo plazo resuene de otras maneras. Para mí lo ha hecho, espero que para él también.

lentitud, sin preocuparse por el tiempo en que la frase demora en salir. Herramientas de **CO-MU-NI-CA-CIÓN**. *‘Aquí no estamos pa’ curar nada; no hay nada que curar’*. Pedro da talleres a profesores, psicólogos y médicos para que aprendan cómo **CO-MU-NI-CAR-SE** con una persona tartamuda. *‘Imagínate la angustia cuando ser escuchado provoca angustia’*.

Al parecer, las cosas en México están mucho peor de lo que él pensaba. Le ha tocado escuchar participaciones terribles de gente que se dice experta, mesas de diálogo donde hay que pararse a interrumpir (*y cuando me lo cuenta, se le mueve el bigote de la impresión*). Y no solo no sabemos nada, además lo han dejado esperando. Un experto venezolano ofrece sus palabras a un puñado de eventos e instituciones... “le llamamos”, “le mandamos un correo”. Pedro se preocupa del **qué**, no del **cómo**. Se preocupa porque no hay interlocutores, porque, aunque sabe que las miradas de terapeutas y doctores no cambian de un día a otro, a veces pareciera que esto simplemente no se mueve.

Al platicarme sobre sus investigaciones, me habla un poco de Joseph G. Sheehan, uno de sus autores favoritos. Según Sheehan, el principal obstáculo al que una voz tartamuda se enfrenta es a la necesidad de querer pasar como fluida. Este bagaje de ansiedades, nervios y trucos para ocultar los bloqueos y repeticiones, ponen sobre el hablante una tensión incontrolable que, evidentemente, termina siendo contraproducente. El hablante siente, porque así se le ha indicado desde siempre, que debe cumplir un papel muy concreto en los intercambios comunicativos; el locutor que lo interpela le pide seguir un guion que parece ser que “todos acordamos”. Pedro lo pregunta en su propio texto: *‘¿es la tartamudez o la fluidez la que esclaviza?’*. Fue justamente después de leer a Sheehan que se le abrió un mundo de posibilidades: el “deber ser” de la línea recta del habla, de pronto era solo una de las múltiples maneras de estar. Cuando pienso en este rol de la fluidez, pienso en el desgaste que implica performar la convencionalidad... debe ser la obra de teatro más pesada del mundo.

Conversar con alguien que lleva años y años en la exploración de su propia voz y la de otros similares a él, es un encuentro importante. Nuestras miradas son distintas, tanto en disciplinas como en métodos y posicionamientos; él desde la psicología, yo desde el arte, él desde dentro, y yo desde fuera... sin embargo, hay una comezón similar por abrir la co-mu-ni-ca-ción. Casi puedo percibir cómo me mira con curiosidad. Pedro es un experto en entender cómo su habla lo construye a él y a quien sea que se le ponga en frente, sabe bien cómo navegar su territorio vocal y busca constantemente invitar a que otros lo hagan; hay un fuerte impulso por crear foros. Quizá podríamos (y deberíamos) hacer de nuestra frontera un gran auditorio.

III. Ricardo y Consuelo

En esta tercera parada, me toca encontrarme con unos conversadores mucho más familiares: Ricardo y Consuelo son mis tíos (Che, como todos le decimos, es una prima muy querida de mi madre). Esta cercanía sin duda relaja mis hombros y me permite disfrutar del terreno conocido, da gusto no tener que volverse a presentar. Este par lleva juntos varias décadas y desde hace ya una que viven junto al mar; tienen tres hijos repartidos en el mundo y adoran a los gatos.

Pero hace unos 10 años, vivían en una ciudad, una ciudad como muchas otras. Ricardo trabajaba en Recursos Humanos de una empresa y Che daba clases de catecismo y desarrollaba algunos proyectos arquitectónicos. Una noche de abril, Ricardo amaneció, sin entender muy bien cómo, en el baño de su casa a las 4am. Como Carlos al caer al lago helado, amaneció sin palabras, ni una sola... Che llamó a la ambulancia y una hora después ya estaban en el hospital. El hemisferio izquierdo del cerebro de Ricardo también había entrado en shock súbitamente, pero esta vez no fue una inundación, sino un bloqueo que dejó de llevar la sangre necesaria a las zonas que construyen el ABC. Igual que nuestro ingeniero, Ricardo procesaba el lenguaje perfectamente bien, pero no estaba logrando pronunciarlo con los labios.

Durante 6 meses, las señas y los gestos fueron su único idioma. El principal problema, además de la dificultad con la mera enunciación, era el factor orden: la sintaxis en las oraciones, la colocación de las sílabas dentro de las palabras, ¿qué va primero y que va después?. La foniatra se centraba entonces en que Ricardo repitiera canciones, dichos y refranes; frases cuyo orden no fuese aleatorio, sino que su estructura estuviera escondida en su memoria y que a partir de ello empezara a reaprender bajo que lógica se configura el sistema del lenguaje: desde “hijo de tigre pintito” hasta canciones Luis Miguel.

Desde el día siguiente al accidente, y a pesar de estos meses de silencios, Ricardo ya podía caminar muy bien, su memoria estaba intacta, y apenas un año después, ya manejaba y se movía solo de aquí para allá. El habla y la lectoescritura son los únicos procesos que han sido un tanto más maratónicos, es justo por esta razón que Che vino a conversar conmigo también. Actualmente Ricardo se comunica lo suficiente para ser una persona totalmente independiente, aunque hay titubeos y a veces se le escapa uno que otro concepto del catálogo, su habla se entiende bien; las frases son un poco cortas, pero juntando varias frases breves uno puede llegar a donde sea.

Sin embargo, Che estuvo siempre presente y, sin darse cuenta, se terminó formando como la intérprete oficial del nuevo idioma de Ricardo Mendoza: completa sus frases, adivina sus intenciones y rescata los términos que se han extraviado, es la primera en reírse de los chistes de su esposo. Para mí, que convivo con ellos en reuniones familiares a las que siempre vienen juntos, sus voces se han prácticamente entrelazado, el diálogo de ambos se ha vuelto doblemente complejo *(a esto se refería justamente Humberto Maturana y su idea de ‘fluir juntos en el lenguaje’; es que es*

necesariamente un ir y venir, una cosa que se teje con aquél que se tiene enfrente, y que, en el caso de esta pareja, se ha dado de forma tan orgánica como repentina). La voz de uno ha dado cabida a la del otro y viceversa; las historias se cuentan mitad y mitad, las preguntas se responden mitad y mitad... un mismo discurso repartido que nos llega desde dos sonoridades bien distintas.

A pesar de la compañía, ambos me cuentan que Ricardo (como recordamos en Carlos), también vivió un proceso sensible fuerte. Al principio había ratos de mucha frustración, tristeza y enojo. Un día preparas las diapositivas para la junta del día siguiente, y al otro, tal junta y tal trabajo y tal modo de vida ya no está del todo al alcance; *‘no es fácil cambiar de planes’*, me dice. Por otro lado, Che asegura que ve en él una nueva empatía por aquellos cuerpos que transitan situaciones complicadas e incluso una mayor conexión con los niños. Y pensando en ella misma me dice que, pasado el tremendo susto inicial y lo difícil de los primeros meses, ha sido un proceso de puro aprendizaje... *‘ha habido partes buenas, ha habido partes divertidas’* (*“la torpeza del desencuentro”, como dice la artista Francisca Benítez, puede llegar a arrancarnos carcajadas*). Una vez más, la sensibilidad se reacomoda, el sentido de conexión con el mundo – al caerse por un momento entre los hoyos de su red comunicativa y al recordar la vulnerabilidad que nos mantiene cerca del otro – necesariamente se actualiza.

Además del espectro sensible, con el accidente todo se movió mucho en el plano de lo material, en la mera rutina. Al esfumarse el habla por tanto tiempo, la empresa decidió jubilar a Ricardo; el seguro médico lo pagó todo... tan rápido como su cerebro entró en shock, extrañamente se volvió un hombre “libre” (*es rarísimo y absurdo como uno fácilmente deja de servirle al sistema de producción, aún no sé muy bien que pienso de todo ello – o más bien pienso demasiadas cosas que no es momento de desglosar por ahora.*). Con el trabajo fuera de vista y los hijos independientes, de repente era posible empezar otra vez.

Desde muy pronto, se dieron cuenta que salir de aquella ciudad era necesario. Ricardo nunca ha tenido conflicto en hablar de lo que sucedió, pero me cuenta que definitivamente no le era grato salir a la calle y encontrarse a todos aquellos que lo conocieron *antes de*. Volverse a presentar, como confesaba yo hace unas páginas, es como mínimo tedioso; y si aún está uno en proceso de entender que rayos fue eso que acaba de suceder conmigo, menos ganas se tienen de explicárselo a alguien más. Han pasado 10 años ya, ahora la conversación es diferente. Pero en ese entonces, tanto Che como Ricardo lo tenían muy claro, sin nada que los atara a la ciudad, había que huir lo antes posible del *“¿y cómo sigue Licenciado?”*. Ambos asumieron el desfase con todo y todo... es duro, pero ya no estaban con humor de encontrarse con ecos de una voz pasada en el supermercado o en el cine, una voz que ya no es.

Se fueron entonces a la playa, a conocer otra gente, a hablar entrelazados, pero bajo el sol. Desde entonces han pasado muchas cosas, no habría como empezar a contarlas todas. Cuando les pregunto por algunas de sus anécdotas, es como pedirles que saquen una antología... (*sin duda llega a ser divertido el desencuentro*).

Relato #17: De la vez que Ricardo se pasó un alto manejando y cuando el de tránsito lo detuvo, nuestro conductor de frases cortas le explicó *“es que no hablo”* para advertirle su situación. El desconcertado uniformado, sin saber que hacer, le notificó a su superior por la radio: *“es que dice que no habla”* ... y sin más... lo dejó ir. Cabe mencionar que esto se ha repetido en más de una ocasión.

Relato #29: De la vez que Che estaba nadando en el mar y a la distancia vio como Ricardo y un mesero hablaban por largo rato y, asumiendo que había surgido un malentendido, se acercó a ellos. *“¿Hay algún problema?”, “Disculpe, señora, es que no sé qué idioma habla su esposo, ¡porque yo hablo varios y no doy con cuál es!”*.

Relato #42: De las veces que la gente se pone nerviosa cuando Ricardo les cuenta del infarto cerebral, y sin querer, lo felicitan. *“Bueno, no, o sea felicidades porque ya estás mejor, no por el accidente, ¿sabes?, sí, bueno, igual con estos tiempos de tanto estrés le puede pasar a cualquiera, no porque crea que haya sido tu culpa, obviamente no, vaya, bueno, de verdad felicidades Ricardo, digo, no, digo, bueno... hasta pronto”*.

Relato #1: De las veces que Ricardo insiste en gritar groserías en el tráfico porque le salen perfectas (a raíz de que la foniatra les explicó que como las groserías son palabras tipo *“reacción de supervivencia”*, los pacientes no suelen trabarse cuando las dicen). Ricardo está encantado, Che no tanto.

Con todos estos relatos, es evidente cómo en Ricardo se acentúa el carácter activo de la escucha. Dialogar con él no es *“sencillo”*, te pone a prueba, te obliga a poner atención, a mirarlo bien, a mirarle las manos y casi que las ideas. Su habla confronta al interlocutor, le pide que ponga de su parte, que colabore en este intento de hacer común. Y como observamos en estas anécdotas, hay veces que esto evidentemente no se logra, dejando tanto a este conversador como al otro, mareados y confundidos.

Y si luego agregamos el factor *“Che”*, es aún más simpático, pues nuestra escucha oscila entre una voz y otra, entre un código y otro. Hay veces donde la voz de Consuelo es un alivio, pero también hay veces en las que se siente como si te dieran la respuesta a un acertijo al que llevabas un buen rato intentando descifrar y, honestamente, se vuelve un poco desalentador. Sin embargo, también hay ocasiones donde ni siquiera ella logra dar con la respuesta, y el significado de Ricardo queda flotando en el aire; hay veces donde él también se frustra y se desespera y prefiere mejor dejarlo así... sin decodificar, sin hacer-común, sin ¿existir?. Quien sabe, nunca lo sabremos.

Cuando Ricardo sueña él habla a la perfección, como si nada hubiera pasado, al dormir su cerebro olvida el desfase. Pero ahora aquí, en su nuevo hogar, mira de frente al mar. Todo cambió, volvió a empezar, dejó la ciudad para buscar otros oídos más cálidos a los cuales meter en problemas. Chelo mira al mar también, y en sus ojos verdes no se ve ni una pizca de duda. La frontera entre ellos y yo

se ha ido difuminando poco a poco a lo largo de los años y, a estas alturas, ver que aún existe una línea tenue me toma por sorpresa. Lo ajeno deja de serlo tan pronto... en realidad, esta frontera existe por pura formalidad.

Al final de nuestra charla, hablaba un poco con Che sobre la ausencia que existe de conocimientos básicos sobre prácticas de cuidado. Coincidíamos en que todo lo relacionado a ello se aprende más bien sobre la marcha, particularmente desde nuestros cuerpos de mujeres. Me voy pensando en cómo en el terreno del lenguaje y la comunicación, la interpretación y la traducción me parecen gestos más orientados hacia el cuidado que la terapia misma.

(y que vengan por mí todos los logopedas del mundo).

IV. Daniel

La tarde que conocí a Daniel Sandoval, supe que me esperaba un rato fabuloso en cuanto la introducción a la historia de su voz fue: *`pues mira, mi carrera comenzó hace ya dos años...´*. Dani es un niño sonriente que no se anda con largas introducciones. *(Los niños son infinitamente mejores conversadores... les fluye, les brota con una gracia de envidia; no hay protocolo, estamos de frente y no hay más. El lenguaje no tiene mucho de haberse instalado y podemos verlo en su estado más orgánico. Podemos brincar de un tema a otro sin necesidad de transiciones, podemos repetir la misma historia siete veces porque es-ASÍ-de-importante, podemos declarar “no sé” y “no quiero” sin dudarle ni un segundo. Hay una transparencia que no se ha nublado.)*

Dani tiene 8 vueltas al Sol y el panorama clarísimo. Desde que nació, el área de su cerebro que regula el movimiento del cuerpo no funciona a la normalidad, por lo que su motricidad es limitada. Estos desajustes cerebrales pasan a traerse consigo al habla, que finalmente también es músculos en acción, haciéndola un ejercicio que requiere práctica y esfuerzo. A pesar de ello, mi entrevistado ha encontrado precisamente en las redes de comunicación su proyecto a futuro. Nuestra conversación arrancó y rápidamente se llenó de paréntesis valiosísimos, más o menos así:

[La trayectoria de Daniel Sandoval comenzó hace dos años, cuando echando mano de la *tablet* de su abuela (***‘mi abuelo falleció recientemente’***), descubrió el mundo de YouTube y su infinito y diverso contenido. Inmediatamente gravitó hacia lo que a él le gustaba: avances de películas de Disney, juguetes del universo de Marvel y Pixar (***‘Los Increíbles 2’ me marcó de por vida... entonces decidí que quiero ser un actor de doblaje y voy a poner mi propia compañía.***), datos sobre sus superhéroes favoritos (***‘Hulk es de mis favoritos, igual que el Capitán América’***) y vlogs que hacían reseñas de los últimos lanzamientos en el cine (***‘mi YouTuber favorito es Andrés Navy, y ¿te cuento algo? el otro día tuve la oportunidad de ir a la ‘Navycueva’ pero ¡Andrés no estaba!... es que Andrés vive en Cuernavaca, ¿alguna vez has ido a Cuernavaca?’***). Pero no era suficiente consumir toda esta información, Dani quería participar en su proceso de producción (***“empecé haciendo un unboxing de una gorra de Hulk, también hice un unboxing de un Funko Pop de Thanos, ¿sabes que son los Funko Pops?”***). Les pidió permiso a sus papás y empezó a grabarse. La voz de Dani hablando sobre “La verdadera historia de Woody” o “Los secretos de Avengers 4”, ahora mismo circula por el ciberespacio y busca oídos afines.]

Sus súbitos brincos de tema se volvieron rápidamente mucho más importantes que mis preguntas. Dani quería ser actor de doblaje y aquello decía mucho más de él y de su voz que cualquier otra cosa que yo hubiera podido pensar. Había un impulso por explorar sus posibilidades vocales y trabajar

en ellas, pero no para hacerle la vida más fácil a nadie, sino para ser un actor, un YouTuber y un locutor con un mayor rango de riqueza vocal. Quizá más que un conversador, Dani, como Pedro, es un colega. Es así como le ha encontrado sentido y propósito a la visita semanal de su terapeuta de lenguaje.

- *¿Y no te pones nervioso al estar frente a una cámara?*
- o *No. Pero a veces algunas personas me dicen que tengo que hablar más claro, pero es que a veces me emociono mucho de lo que hablo y entonces no me sale tan bien.*

- *¡Ah! A mí también me pasa eso en ocasiones, cuando me emociono hablo muy rápido y la gente tampoco me entiende... ¿y entonces por eso vas con Nancy?*
- o *Sí, para hacer ejercicios de voz.*
- *¿Y te gusta?*
- o *Pueeeeeeess... digamos...*

(y se ríe con cara de pícaro y yo me río con complicidad).

Hay cosas que le gustan y cosas que no tanto de la famosa terapia. Le gusta que hacen *‘muchas actividades buenas’*, que Nancy tiene *muchos ‘juguetes de la voz’* y que de vez en cuando juegan cosas juntos *‘como dominó o rompecabezas’*. Pero no le gusta que *‘trabaja mucho con mis dientes’*, que *‘tiene un aparato como llave que es rojo, azul y amarillo y eso me aprieta la boca’*. Por lo que me platica, entiendo que lo que ejercita constantemente son sus órganos de articulación: mejillas, lengua, paladar, labios y dientes, para “mejorar” su pronunciación (*no quise corroborar esta información ni con sus padres ni con la terapeuta, me parece que ya va siendo hora de quedarse con la versión de los niños*). Dani es paciente con la terapia pues la mira como una forma de mejorar en lo creativo, casi como una profesionalización de su talento: todos los actores deben trabajar en su voz... ¿no es así?. Para él, ir con Nancy no es un requisito para adaptarse a nuestros círculos de charlas veloces, sino más bien como una práctica actoral.

Al charlar con Dani uno recuerda lo mucho que el habla es cuerpo, cuerpo en compleja sincronía de diminutos movimientos para producir sonidos particulares. En general, con todos los conversadores, esta idea me da de vueltas. Es evidente que el lenguaje y sus procesos tienen que dejar de entenderse como puramente logocéntricos, como radicados únicamente en la cabeza... como si el camino de la cabeza a la boca estuviera dado, como si la boca siempre tuviera la disposición de seguir órdenes, como si no hubiera pulmones y diafragmas y manos sudorosas y gestos faciales y estómagos revueltos, como si la voz no pudiera provenir desde las plantas de los pies. El lenguaje nos recorre y nos sacude de punta a punta. Charlo con Dani y al escucharlo todo mi cuerpo se inclina hacia delante sin notarlo; hasta que, en uno de sus movimientos involuntarios, su mano me golpea ligeramente la nariz, evidenciando mi cercanía. Su habla es tan corpórea que mi escucha me arroja a la par, buscando acoplarse al tipo de pronunciación que está recibiendo.

Por otro lado, es muy evidente que la parte de la comunicación como proceso lo tiene más que dominado. Su vocabulario es muy amplio, sabe perfectamente cuando usar tonos irónicos, burlones e incisivos; sabe con qué palabras se introduce una historia y con cuales se genera suspenso. No se intimida por la idea de ser entrevistado, también sabe como llevar a su interlocutor a preguntarle cosas de las que él quiere hablar. Dani, en realidad, es de los conversadores más elocuentes.

Después de un par de historias más sobre superhéroes y Los Increíbles, le propongo dibujar, me da terror sentir que lo puedo estar aburriendo. Debido a su motricidad, el par de dibujos que hacemos los trazo más bien yo, siguiendo sus detalladas instrucciones, o colocando el lápiz entre sus dedos y guiando su mano con la mía. Se sentía como un ejercicio de traducción, justamente como una práctica de doblaje. Dani nunca me dijo que mis trazos estuvieran mal, cada vez que le preguntaba *‘¿así está bien?’* me decía que sí, sonriendo; aun no sé si porque verdaderamente estaba haciendo un buen trabajo o porque se estaba compadeciendo de mis pobres habilidades de ilustración.

En el primero, le sugiero que hagamos un simple autorretrato; en el segundo, le pido que se imagine cómo se vería su voz, si esta fuera un objeto o un animal o un lugar; en el tercero, le pido que me describa como sería el personaje ideal al que le gustaría doblarle la voz en una película. Todas las instrucciones le parecen perfectamente obvias, y nos dedicamos a ello.

1. Dani empieza a darme indicaciones que al principio me confunden, pero no tardo mucho en cachar su visión: *‘primero, una mesa’ ... ‘luego una pantalla... ¿te acuerdas cómo es el logo de YouTube?... y ahí junto el número cien mil’*. Luego me pide una cámara verde, un teléfono y un cofre. Que él aparezca en el dibujo parece no importarle mucho, termino siendo yo la que le pregunta dónde lo pongo, *‘ahí junto’*. Dani se retrata junto con las plataformas que difunden su voz, ya les decía yo que tiene todo bajo control.
2. Dani describiría su voz como un ratón café. Así sin más. No me da muchas explicaciones ni se las pido. *‘Además, sería como un ratón porque me gusta mucho el queso’*.
3. Su personaje soñado es, evidentemente, *Súper Dani*. Su traje es azul cielo con café y lleva un gran rayo amarillo en el pecho. Tiene poderes de agua y forma parte del equipo de *Los Guardianes de la Tierra*. Dani Normal tiene el pelo negro, pero en cuanto se transforma en *Súper Dani*, se convierte en azul. Es muy fuerte, valiente y decidido. (*‘¿Y te cuento otra cosa? estoy planeando hacer una película que se llame Multiverso, donde aparezcan TODOS-LOS-HÉROES y ahí aparezco yo también...’*)

Me despido de Súper Dani como quien no quiere la cosa, le agradezco la entrevista y sus obras de arte. Esta frontera me deja pensando en un montón de cosas, y así como las historias de Dani, no logro ordenarlas en un mismo párrafo. Algunas de ellas, que mínimo he podido aterrizar en oraciones son:

- Los niños son esponjas y aprenden absurdamente rápido los rituales del ABC. Se podría cambiar mucho si lo que absorbieran fueran rituales de _acoplamiento mutuo_ y no de transacción.
- No le pregunté a Dani si él percibía su voz distinta a la de otros niños y me arrepiento.
- La pregunta del “¿cómo sería tu voz?” se la he hecho a muchas personas antes y nadie nunca me había respondido tan rápido y tan conciso. Cuando le dije que la mía era como la de una mamá pato, se rio.
- Me pregunto qué tendría que pasar para que los ritmos del habla que Dani propone (o Pedro o Ricardo) pudieran estar en una película de Marvel, protagonizando al héroe principal.
- Las fronteras con los niños son las mejores fronteras, no piden pasaporte ni hacen revisión de seguridad.
- Intento no pensar en qué pasará cuando Dani crezca y se empiece a preocupar por cosas no trascendentales como poder o no firmar cheques en el trabajo.
- Si el lenguaje no va con la emoción extrema, si no nos es útil para habitar sensaciones extremas (como le sucede a Dani o me sucede a mí), pienso en si tiene mucho futuro por delante.

(Espero que no).

V. Maricela, Verónica, Julisa, Daniela y la Casa del Sordo A.C.

Finalmente he llegado hasta la última parada de este itinerario, se ha sentido como un maratón corrido en medio segundo y no habría mejor manera de cerrarlo que con esta conversación. En primer lugar, deben saber que a este encuentro no es posible ir sola, por lo que antes de tocar cualquier puerta he tenido que buscar a un intermediario: su nombre es Carlos Martínez y hoy será mi intérprete. En camino a llegar a nuestro destino, donde conoceré a los conversadores, Carlos me cuenta que esta tarde tienen planeada una velada de convivencia y dinámicas con el grupo que se reúne en esta asociación y me pide que permanezca para toda la actividad, prometiéndome que al final tendremos la charla que busco.

Aunque nunca he visitado *La Casa*, esta no es la primera vez que me acerco a la comunidad sorda. La conocí por primera vez hace ya muchos años, y he regresado a ella intermitentemente desde entonces. Para haber visitado tantas veces sus espacios, mi dominio del idioma deja mucho que desear. Sin embargo, aunque no es terreno desconocido, me pongo ansiosa cada-vez-que-vengo. Me da mucha angustia sentir que voy a llegar a interrumpir la noche, y aunque Carlos me asegura que no es así no le termino de creer.

En esta esfera lingüística se habla con las manos, las voces son visuales; los nombres no tienen un sonido, sino una seña y se toca el hombro de las personas para llamar su atención. El idioma se llama LSM (Lengua de Señas Mexicana), y de español no tiene nada. En esta ocasión el encuentro es definitivamente distinto a los anteriores: para empezar, habrá todo un grupo, haciendo que la comunicación se mueva en otras direcciones; habrá un intérprete, dando pie a todo tipo de dobleces en los significados; habrá mucho rato de convivir sin convivir, ya que Carlos me ha invitado a pasar el rato pero permitiendo que los (verdaderos) invitados hagan las actividades y desarrollen la convivencia que ya tenían planeada antes de agendar mi visita; y bueno, claro, hay un idioma otro que conozco solo a medias. Una tiene que tomarse en serio la experiencia de adentrarse en un texto vivo donde solo se tiene acceso a la mitad de las palabras... una tiene que devenir esponja, como Dani, y ser muy conscientes de la sensación de estar fuera de lugar, porque es necesaria.

Finalmente hemos llegado: unas diez sillas están imperfectamente ordenadas en círculo, entrando como puedan en un pequeño cuarto lleno de carteles, imágenes, y repisas con materiales didácticos. Carlos me presenta como una amiga oyente que viene a visitar, que sabe LSM, pero poco *‘entonces no abusen, ¿eh?’*; nos reímos y me siento en silencio. Al principio, el grupo estaba compuesto por unas 4 mujeres adultas, una chica que parecía tener mi edad y su novio, una adolescente, dos señoras mayores y una familia de papá, mamá y dos pequeños: un niño apenas gateando y una niña pequeña que aún camina con torpeza. Mientras pasaban los minutos se iban incorporando más y más personas... dos o tres hombres más, un par de chicas sonrientes y la que parecía ser la “dueña” de la casa, Ana, una mujer mayor oyente, a la que todos saludaron con familiaridad y cariño.

Durante alrededor de una hora, los invitados solo se enfrascaron a conversar entre ellos y yo, me dediqué a intentar descifrar cuantas frases pudiera. Algunos que no se conocían se presentaban, y los que evidentemente eran amigos de hace tiempo, se ponían a hablar de sus familias y de cómo habían estado últimamente. Charlaban con quien estaba enfrente, con quien estaba junto, pero también con quien estaba del otro lado del cuarto, se trazaban líneas que cruzaban todo el espacio, se interrumpían, se superponían... con voces sonoras esta coreografía hubiera sido imposible.

Carlos estuvo hablando con la chica de mi edad y su novio por un largo rato, se molestaban cariñosamente entre sí y se reían de cosas que yo no entendía, algo sobre que Carlos era buen (¿o mal?) maestro de lengua de señas, y algo con que ¿alguien? aprendía muy rápido, pero hacia ¿trampa?; también había algo sobre que alguien estaba gordo o era un payaso, o ambas, no estoy segura. Mientras tanto, el par de mujeres mayores jugaba con los niños pequeños; el papá bromeaba con una de ellas diciéndole a su niña que ella era su abuelita y que le pidiera su *domingo*, también se reían y yo me permití reírme con ellos del chiste que sí entendí (*al parecer, la seña de "ponerse la del Puebla" es universal*). El niño que gateaba pasaba por los brazos de todos, Carlos lo cargó un rato y le hablaba mientras le hacía señas también.

Conversaciones y conversaciones sucedían encima y a través de mí y yo no era parte de ninguna, pero extrañamente también de todas; me sentía como cuando se jugaba al "gato" en clase de educación física, era imposible atrapar la pelota de significado que entre dos se arrojaban, aunque yo estuviera literalmente en medio. Me sentía también como una intrusa, que interceptaba palabras a medias y que quizá se quedaba mirando charlas que no tendría que estar mirando. Todos sabían que conmigo no se podía hablar y entonces me volví más o menos invisible.

Después de un largo rato de charla, Ana le dijo a Carlos que ya era tarde y que era momento de iniciar la actividad. Carlos se acercó al interruptor de la luz, apagándola y prendiéndola, y en seguida, todas las miradas se fueron hacia él. Les dio la bienvenida y les pidió que por favor acomodaran las sillas para mirar al frente, pues iba a dar inicio la presentación que tenía preparada. El cañón se prendió y se proyectó una imagen al frente del salón, en donde Carlos ya había colocado una silla a la cual subirse para quedar a la vista de todos. Mi estimado mediador explicó entonces la tradición del día de muertos, mientras varias imágenes de altares y ofrendas se podían ver en la proyección; Carlos explicaba qué significaba cada uno de los elementos del altar, mientras todos miraban con atención y algunos incluso repetían palabras que él signaba, como integrando a su vocabulario una seña que quizá no tenían.

Después de la presentación y de un par de dinámicas y juegos, se dio por terminada la sesión, y fue entonces cuando Carlos me llamó para dar inicio a la conversación. Para este encuentro, dejé que él invitara a las personas que él consideraba que serían las más interesadas en participar; salieron entonces Verónica (la madre de los pequeños), Daniela (la chica de mi edad), Julissa (una de las señoras mayores) y Maricela (una de las mujeres sonrientes), nos reunimos entonces los seis en el patio exterior.

Al comenzar, Carlos me presenta a mí y al proyecto, y mientras lo hace, algunos de los otros invitados empiezan a salir del interior de la casa y se despiden cálidamente. Me doy cuenta de que se ha hecho tarde y que quizá esta conversación debería mantenerse breve y puntual. Al preparar la reunión de hoy, he decidido juntar mis preguntas en 4 temas: educación, trabajo, comunidad sorda y deficiencias del mundo oyente. Y aquí abro un paréntesis que me parece pertinente:

A diferencia de otros conversadores, los sordos reflexionan sobre su lengua y sus procesos comunicativos constantemente. Han construido una identidad, una cultura y una lucha a partir de ello. Al hacer este proyecto me quedaba claro que seguramente iba a ser más difícil encontrar a alguien de dicha comunidad que estuviera interesado en hablar conmigo. Y no por no querer colaborar, o porque los proyectos académicos /artísticos los tengan sin cuidado; sino simple y sencillamente porque es repetitivo. Porque ellos mismos lo llevan planteando en sus espacios toda la vida y de forma mucho más compleja. Ya no basta con hablar “sobre” el lenguaje, sino lo que tienen que exigir en consecuencia: el acceso a los más básicos servicios. En esta conversación nos enfocamos entonces en el lenguaje en su dimensión de accesibilidad a la vida social. En esta conversación tuvimos que ir al grano, a la parte de los valores del habla que se manifiestan en lo “real”. (Pongo en negritas las señas que se repitieron constantemente).

Empiezo preguntándoles, entonces, por su experiencia en la **escuela**. Una historia bastante similar se repite cuatro veces: Julissa nos cuenta que era la **única sorda** en una escuela de **oyentes**, que la **forzaban** a hablar y a recibir **terapias oralizantes**, que como muchos otros sordos, primero aprendió a **hablar español** y que después vino la **lengua de señas**; al ser una experiencia tan **frustrante**, pronto **renunció**. Daniela nos platica que solo hizo el kínder y la primaria en escuelas de oyentes, que sus compañeros la molestaban mucho y la trataban como **tonta**, y que al no poder seguir pagando (ni **tolerando**) su educación, la **abandonó**. Maricela, que estudió en la Ciudad de México, pues en Puebla **ni siquiera había escuelas** para sordos, que llegó hasta 6º de primaria y que mejor comenzó a trabajar con su madre. Finalmente, Verónica nos comparte que ella sí terminó su educación, pero a costa de mucha **angustia, bullying y frustración**; ella ya no quería estudiar, pero sus padres la animaron a hacerlo, *‘sin duda hay un enorme rezago educativo en nuestra comunidad’*, me dice.

Las razones de dicho rezago son más que evidentes: falta de **intérpretes**, falta de enseñanza de la lengua de señas y el enfoque capacitista de la educación. Afortunadamente, me platican, las cosas han ido cambiando un poco, desde el 2005 la LSM se estableció como lengua oficial y desde el 2008 se va avanzando en la lucha por una **educación bilingüe y bicultural** (español-LSM) que lentamente va ganando terreno. Maricela insiste: *‘lo más importante ahora son los niños, para los adultos ya pasó nuestro tiempo, para mí ya llegó tarde; yo me casé y tuve hijos, pero para los niños el panorama es un poco mejor, aunque aún falta mucho’*.

En el área laboral las experiencias son similares, los trabajos disponibles generalmente son **pocos** y enfocados en las áreas más **básicas** de las empresas o establecimientos, y por consecuencia, no necesariamente bien remunerados. Maricela y Daniela tienen historias donde sus jefes y colegas las

han tratado con **respeto**, y ellas se han logrado desenvolver bien en todos los trabajos que han tenido que desempeñar, encontrando trucos y **estrategias** para **adaptarse** a clientes oyentes cuando era necesario. *‘El problema’, dice Vero, ‘no es que no queramos o no podamos **aprender** cualquier cosa, es que **no hay** quien nos **enseñe**’.*

Es así como se puede empezar a entender el idioma como pase de entrada a plataformas, trabajos, escuelas, áreas del conocimiento y círculos sociales a los que no todos tienen acceso. Si no hay español oral y escrito no te toca esto ni eso ni aquello, es así de fácil. Se cierran los frentes, se quita la posibilidad de participar... a veces pareciera como ser migrante en tu propio país: es verdaderamente así de fácil. Es por esta razón que la comunidad ha hecho su propia esfera, donde también la lengua es una llave de acceso, con justa razón. Dentro de ella, han generado sistemas de apoyo y redes de intercambio, como la que he podido conocer hoy.

El acceso (o falta de él) no es solo a un nivel de instituciones, sino también en un nivel personal. *‘No me gusta cuando ustedes **se ríen** y luego no me quieren **explicar** porqué... ¿están hablando mal de mí?’, dice Maricela, ‘ja mi no me hacen tonta!’.* Y todas se ríen mientras me cuenta que por eso ella hace lo mismo cuando cuenta bromas en LSM, *‘si se quieren reír, que **vengan** y aprendan’, ‘tienen que vivir la experiencia’.* Sean chistes o educación básica, todo se sostiene bajo el mismo principio... la información se restringe y no se hace mucho por llegar a puntos medios. Verónica platica que ella ya está muy acostumbrada a la comunidad sorda, y que no es hasta hace poco que la cultura oyente le empezó a dar curiosidad... *‘ustedes tienen todo completo, tienen la **información completa** y aún así no piensan en como se comunican, es muy raro’.*

Maricela y Verónica hacen lo posible por concluir la plática en un tono más grato: ambas creen que podemos colaborar, que la mejor manera de coexistir es intercambiando conocimiento y encontrándonos a la mitad del camino, *‘tú me **enseñas** español y yo te enseño señas’;* ambas están abiertas a recibir en esta Casa a quien quiera aprender y hacer preguntas. *‘Pero tienen que acercarse, tienen que venir’.*

Llegué entonces a mi última pregunta... *‘¿cuáles son los servicios que ustedes creen que tienen que ser urgentemente más accesibles para la comunidad sorda, como médicos, abogados...?’.* Se voltean a ver entre ellas y al mismo tiempo hacen una enorme seña que sí reconozco: **“TODO”**. Y enumeran: *abogados, médicos, intérpretes en general, bancos, tiendas, psicólogos, restaurantes, escuelas y universidades, sistemas de alarmas que no sean solo sonoras, policías, seguridad, ‘¡más videoconferencias en todos lados!’,* transporte, el personal de aviones y autobuses, *información accesible en la calle, películas con subtítulos, noticias con el intérprete de LSM más grande, museos, exposiciones donde haya información y ‘¡no puro audio donde explican todo!’ y ‘¡guías turísticos!’,* *‘que las instituciones usen los términos correctos (sordo, no sordomudo), que los medios difundan tanto los avances como las necesidades de la comunidad’ ...“¡TODO, TODO!”.*

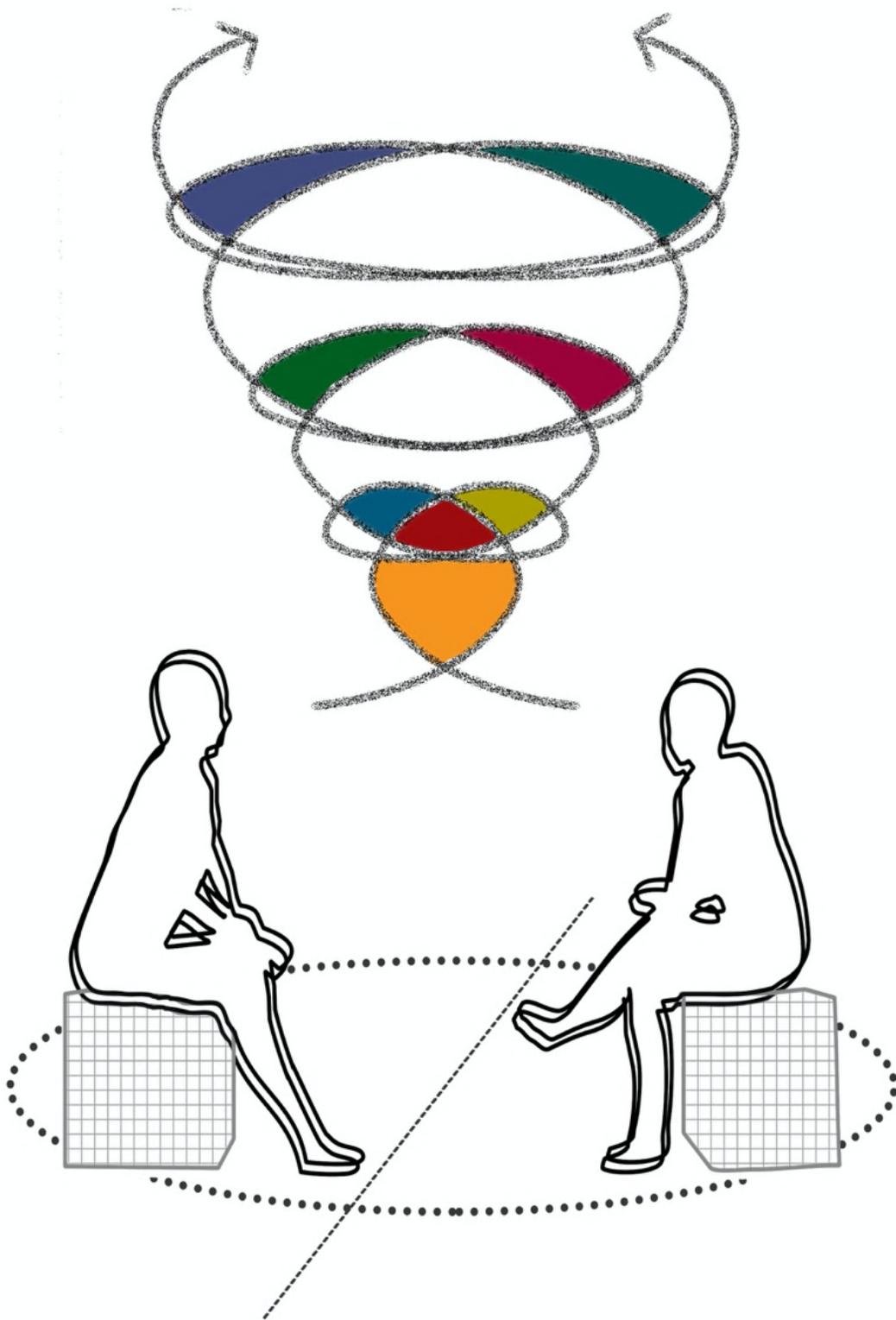
Después de agradecerles mucho por permitirme estar aquí y por platicar conmigo, salgo de La Casa al lado de Carlos. *‘¿Cómo estás?’,* me pregunta, *‘mareada, pero bien’,* le contesto. Al charlar con

estas mujeres, había varias señas que lograba comprender, y junto con la voz sonora de Carlos, me cachaba absorbiendo los significados en dos canales, era una sensación rarísima. Esto sumado a la intermitente-intercepción de frases, a escuchar las complejas realidades, al prender y apagar las luces, y al ser bombardeada por un montón de señas significantes, pero sin significado para mí, estoy como recién bajada de una montaña rusa. Le agradezco que me haya traído y que haya sido mi posibilidad de acceso, realmente esto no hubiera sido una conversación sin él, sino un atropellado juego de adivinanzas.

Hay muchas cosas sobre la conversación y el encuentro de hoy que podría decir, pero sin duda creo que se explica por sí mismo. La frontera que comparto con esta comunidad, a diferencia de la que puedo compartir con Ricardo o con Pedro, es mucho más amplia, pero no por ello imposible de habitar. Nos falta aprender tanto que llego a casa sintiéndome diminuta.

El lenguaje es sin duda un lugar de desencuentro, tiene una increíble capacidad de hacernos sentir totalmente extraños al otro; el lenguaje es un espacio de lucha y de revolución, es una puerta que se pateas para entrar por la fuerza... pero es también una casa con luz cálida donde se cena juntos en Día de Muertos. Es imposible no hablar de ello y quedarnos solo con la lengua de señas y sus efectivamente impresionantes posibilidades poéticas. Yo no puedo. La lengua es acceso y hay que decirlo, y hay que escribirlo aquí. El idioma es acceso y hay que decirlo, y hay que escribirlo aquí porque yo sí lo tengo y para qué quiero ese acceso si no voy a preguntarme porqué. Si una investiga el lenguaje y la comunicación, una tiene que meterse en problemas y en contradicciones y preguntarse por todas sus implicaciones... y esta es una de ellas.

El idioma es acceso y hay que decirlo, y hay que ponerlo AQUÍ



¿Qué estamos haciendo con nuestras propias voces?

¿Al servicio de quién están?

¿Dónde te ubicas en la jerarquía vocal que

innegablemente existe?

¿Qué harás con esa posición?

¿El lenguaje para qué?

¿La comunicación para qué?

¿Tu voz para qué?

Conversaciones fue mi proyecto de tesis y se escribió de agosto a noviembre del 2019. Este fragmento se hizo público por primera vez en el marco de la exposición en *La Nana: Laboratorio de Arte Comprometido*, y se comparte con mucha alegría con todos los que tengan el interés de leerlo (y de escucharnos).

AGRADECIMIENTOS

Carlos Flores

Pedro Rodríguez

Ricardo Mendoza

Consuelo Escobar

Daniel Sandoval

Carlos Martínez

Verónica Báez

Maricela Espinosa

Julissa López

Daniela García

Comunidad de Casa del Sordo A.C.

¡Antes de que se vayan! ¡Atención!

Para donar a Casa del Sordo A.C. Puebla:

Se reciben donaciones en efectivo y/o en especie con productos perecederos y no perecederos (alimentos, útiles escolares, ropa), directo en la organización ubicada en Av.29 Poniente #913-5. Colonia Chula Vista. Puebla, Puebla.

O mediante depósito al número de cuenta Banorte: 0227890552

Para suscribirse al canal de Dani Sandoval:

https://www.youtube.com/channel/UC6K6bDIX-EnGQHRX_1ZNOww

(O busca en YouTube el canal con nombre de
“Graciela Romaña”).

Para revisar las investigaciones y publicaciones

de Pedro Rodríguez:

<https://www.pedrorodriguez.info> & <https://www.ttmib.org>

